



Salmoiraghi, Paula. "Este perruno parto de otra parte viene y algún misterio contiene":
indicios de utopía feminista y de deconstrucción del patriarcado en *El coloquio de los perros*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2019, vol. 8, n° 15, pp. 54-62.

"Este perruno parto de otra parte viene y algún misterio contiene": indicios de utopía feminista y de deconstrucción del patriarcado en *El coloquio de los perros*

"This dog from another part comes and some mystery contains":
indications of feminist utopia and deconstruction of patriarchy
in *El coloquio de los perros*

Paula Salmoiraghi¹

Recibido: 14/01/2019
Aceptado: 01/02/2019
Publicado: 08/03/2019

Resumen

El episodio del encuentro del perro Berganza con la Cañizares en *El coloquio de los perros* nos permite leer a estos dos personajes (animal y bruja) como deconstrucciones de los sujetos hombre y mujer del pensamiento patriarcal. El discurso cervantino oculta en sus pliegues barrocos, paródicos, autocensurados, indicios de rebeldía ante la rigidez heteronormada que se inicia en su época. Con la profecía de la Camacha y el final utópico de la colección de las *Ejemplares*, Cervantes abre un recorrido plural de los cuerpos disidentes que aún estamos transitando.

Palabras clave

Coloquio; patriarcado; utopía; disidencia.

Abstract

The episode of the meeting of the dog Berganza with the Cañizares in *El coloquio de los perros* allows us to read these two characters (animal and witch) as deconstructions of the male and female subjects of patriarchal thought. Cervantes' discourse is hidden in its baroque, parodic, self-censored folds, indications of rebellion before the beginnings of the heteronormal rigidity that began in its time. With the prophecy of the Camacha and the utopian end of the collection of the *Exemplars*, Cervantes opens a plural journey of dissident bodies that we are still transiting.

Keywords

Coloquio; patriarchy; utopia; dissidence.

¹ Profesora en Letras, traductora de francés. Desarrolla tareas de investigación en el Instituto de Filología "Amado Alonso", de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ha escrito cuentos, novelas y poemas de los cuales se han editado: *Mi tren monoplaça* (Del Dock 2010) y *El cajón de las manzanas podridas* (Baltasara Editora 2016). Contacto: paula_irupe@yahoo.es.



Cuando leemos sobre una bruja que fue sumergida en el agua, sobre una mujer poseída por los demonios, sobre una mujer sabia que vende hierbas, pienso que estamos sobre la pista de una novelista perdida, una poeta silenciada, una Jane Austen enmudecida y sin gloria, una Emily Brontë que desperdió su inteligencia en los páramos o marchaba desquiciada por los caminos, enloquecida por la tortura a la que la sometía su talento. Por cierto me aventuraría a decir que Anónimo, que escribió tantos poemas sin firmarlos, era muchas veces una mujer.

Virginia Woolf. *Un cuarto propio* (1929)

Que los términos “feminismo” y “patriarcado” no hubieran sido creados aún en el siglo XVII no implica que tales construcciones de pensamiento no existieran y que no se estuviera transitando el recorrido social e histórico que llevaría a su fijación teórica. Hoy sabemos que la incomodidad de Cervantes con su época puede leerse en términos de rebeldía ante las marcas de biopoder reinantes y las leyes religiosas que cerraban filas para ajustar la fragmentación del deseo, ya que Michel Foucault (11) fija en el siglo XVII, exactamente, el momento en el que la sexualidad humana es reprimida y normalizada para llegar a ser el factor de dominio sobre los cuerpos que conocemos en la actualidad.

La novela ejemplar que nos ocupa, del mismo modo que muchos pasajes de la obra cervantina, nos muestra un autor rebelde tanto a la prescriptiva de los géneros literarios como a la performatividad de género humano bisexuada. Ambos sistemas reducían sus márgenes de creatividad en lo literario y en lo vital y, para desbordarlos, sus personajes y narradores, se comportan como cuerpos femeninos encorsetados, cuerpos textuales que intentan sacudirse la camisa de fuerza de la modernidad racional, viril y capitalista.

Nos interesa revisar la obra y la crítica cervantina desde una perspectiva feminista que no pretenda simplemente “agregar un suplemento a la historia” (Woolf, 43) al ocuparse de temas y sujetos femeninos “dándole un nombre poco llamativo, así las mujeres podrían figurar en ella sin impropiedad” (Woolf, 43). Nos mueve, en cambio, el sarcasmo con el que la misma Virginia Woolf pateó el tablero de lo establecido para la escritura y la vida de las mujeres hasta iniciar la inevitable “reescritura de la historia” en términos de Joan Scott:

La comprensión de la potencialidad radical de la historia de las mujeres llega con los escritos de las historias que se basan en las experiencias de las mujeres y que analizan las distintas formas en que la política construye el género y el género construye la política. La historia feminista se convierte así, no en el recuento de las grandes obras llevadas a cabo por las mujeres sino en la exposición de las tan a menudo silenciadas y ocultadas operaciones del género, que son, sin embargo, fuerzas con una presencia y una capacidad de definición en la organización de la mayoría de las sociedades. La historia de las mujeres debe enfrentarse críticamente a la política de las historias existentes, y así empieza inevitablemente la reescritura de la historia. (47)

En lo que a Cervantes se refiere, sabemos que todas las *Novelas ejemplares* han sido leídas de maneras tan diversas que podemos afirmar que todo en ellas es doblez, burla y desviación del sentido unívoco. El *Coloquio*, en particular, es un texto problemático en sí

mismo y en relación con el resto de la colección. Julia D'Onofrio lo llama “una novela de preguntas” que crea la imagen de “un camino abierto” (159) y cuya complejidad reclama la participación activa de quien lee en el juego que el autor propone desde el prólogo. Sumemos a esto la tematización de lo utópico-profético y del poder de la transformación bendita o maldita de los cuerpos y tendremos todos los factores necesarios para hablar de líneas teóricas claves del feminismo como la caída del patriarcado, el tiempo de las mujeres y la liberación de los cuerpos humanos de su moral especista, evolucionista e imperial.

Si iniciamos nuestra lectura desde el principio, vemos que la primera autopercepción de Cipión y Berganza es doble, plural y cuestionadora del límite entre “el hombre animal racional y el bruto, irracional” (Cervantes 299). Ambos, “hombre” y “bruto” son definidos como animales, pero separados por la cuestión de la razón y, tras ella, el entendimiento y el lenguaje. Ahora, si los perros tienen razón, entendimiento y lenguaje, ¿se transforman directamente en “hombres”? No. Siguen siendo perros, por ende, hay otra cosa que hace la diferencia. Obvio: el cuerpo. Obvio: las formaciones sociales y los modos jerárquicos de relacionarse entre sí.

Siglos y siglos de filosofía tratando de definir lo humano parecen reducirse a la simpleza de que, tanto humanos como animales, somos personas con las mismas capacidades, pero con otros cuerpos. Nótese, además, que Cipión y Berganza se llaman uno al otro “amigo” y “hermano” con amor, destacan de sí mismos “la mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad” (300), dudan sobre si ellos mismos son portentos monstruosos que perderán sus dones a la noche siguiente como por arte de magia, agradecen al cielo por el don recibido del habla y la memoria y se cuidan de ser escuchados por un soldado, el Alférez Campusano que, junto con el Licenciado Peralta dan el marco al *Coloquio* desde la novela anterior, *El casamiento engañoso*.

De esta manera, los “hombres” verdaderos de este universo cervantino son soldados, van o vienen de la guerra, están enfermos, mienten, engañan y lejos se hallan del ideal de narración, experiencia, memoria y hermandad al que los perros aspiran.

Si toda la historia de la humanidad ha sido contada por voces y mentes de varón, si las experiencias y los cuerpos femeninos y feminizados no hay tenido posibilidad de relato y de identidad autoconstruida, Cervantes nos ofrece dos narradores perros, capaces, tal vez, de acercarse al tipo de narración que reconfigure nuestra visión del mundo y de los seres tal como intentamos hacerlo muchas de nosotras desde el planteo radical de Monique Wittig² sobre la oposición entre mujer y lesbiana y su *Borrador para el diccionario de las amantes* (Ver: “Brujas”, “Circe”, “Circo”, etc.) en el que narra mitos y cronología histórica nueva, sin puntos de contacto con la que hemos heredado.

En el texto cervantino, la antítesis entre “hombre” y “bruto” que Cipión y Berganza plantean de modo desviado e inestable, nos recuerda que “hombre” es un constructo teórico histórico y situado que responde a parámetros falocentristas y que, así como Simone de Beauvoir afirmó que “No se nace mujer: se llega a serlo” (207), lo mismo puede aplicarse a los ideales de masculinidad. Cipión y Berganza no son “hombres” y, en el inicio de la novela, no quieren llegar a serlo sino tener de ellos algunos de sus dones.

Recién cuando Berganza narre su encuentro con la Cañizares sabremos nosotros que él sabe desde el principio que nunca han sido hombres, que ambos han sido paridos como perros, no por “mujer” sino por bruja. Su origen se debe, no a un cuerpo gestante único y normalizado, sino a tres cuyas identidades se irán moviendo entre las denominaciones de “viejas”, “hechiceras”, “bruja” o “madres” pero nunca quedarán fijadas en el modelo unívoco de lo femenino patriarcal.

² Su pieza teatral *Le voyage sans fin* (1985) es una reescritura del *Quijote* donde reemplaza al caballero y escudero por dos mujeres.

La Cañizares, la única todavía viva de las tres madres de Cipión y Berganza, reconoce a este último como su hijo y recompone para él el linaje materno con orgullo, a pesar de hacerlo a escondidas de la ley de los hombres:

»Bien esperaba yo en el cielo que, antes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño, te había de ver, hijo mío; y, ya que te he visto, venga la muerte y lléveme desta cansada vida. Has de saber, hijo, que en esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo, a quien llamaron la Camacha de Montilla; fue tan única en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oído decir que están las historias llenas, no la igualaron. Ella congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol, y cuando se le antojaba volvía sereno el más turbado cielo; traía los hombres en un instante de lejas tierras, remediaba maravillosamente las doncellas que habían tenido algún descuido en guardar su entereza, cubría a las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas, descasaba las casadas y casaba las que ella quería. Por diciembre tenía rosas frescas en su jardín y por enero segaba trigo. Esto de hacer nacer berros en una artesa era lo menos que ella hacía, ni el hacer ver en un espejo, o en la uña de una criatura, los vivos o los muertos que le pedían que mostrase. Tuvo fama que convertía los hombres en animales, y que se había servido de un sacristán seis años, en forma de asno, real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga, porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertían los hombres en bestias, dicen los que más saben que no era otra cosa sino que ellas, con su mucha hermosura y con sus halagos, atraían los hombres de manera a que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte, sirviéndose dellos en todo cuanto querían, que parecían bestias... (336-337)

La descripción es juguetona y procaz más allá de lo que el personaje de la vieja Cañizares pudiera sostener como verosímil. La línea de brujas se traza con nombres reales y literarios equiparados, así como las Camachas de Montilla (dos y no una, brujas ambas contemporáneas de Cervantes) fueron mujeres reales sobrevivientes de las cacerías y torturas de la Inquisición. Los “hombres”, nuevamente, son equiparados a bestias y caricaturizados por el modo en que una maga hermosa podía dominarlos y el amor tradicional los hacía semejantes a burros.

También esta descripción nos permite ver a la Camacha como mujer sabia, con poder sobre los tres reinos de la naturaleza y con reglas morales de género que le permitían ayudar a otras mujeres a vivir su sexualidad en forma libre saltándose la moral imperante.

Silvia Federici, en *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, toma la figura de la bruja como centro de la escena “en tanto encarnación de un mundo de sujetos femeninos que el capitalismo no ha destruido: la hereje, la curandera, la esposa desobediente, la mujer que se anima a vivir sola, la mujer *obeah* que envenenaba la comida del amo e inspiraba a los esclavos a rebelarse” (22). Dentro de este planteo el dominio de las brujas sobre su propio cuerpo y el de otras mujeres y hombres, se vuelve crucial:

Desde épocas muy tempranas (desde que la Iglesia se convirtió en la religión estatal en el siglo IV), el clero reconoció el poder que el deseo sexual confería a las mujeres sobre los hombres y trató persistentemente de exorcizarlo identificando lo sagrado con la práctica de evitar a las mujeres y el sexo. Expulsar a las mujeres de cualquier momento de la liturgia y de la administración de los sacramentos; tratar de usurpar la mágica capacidad de dar vida de las mujeres al adoptar un atuendo femenino; hacer de la sexualidad un objeto de vergüenza... tales fueron los medios a través de los cuales una casta patriarcal intentó quebrar el poder de las mujeres y de su atracción erótica. (Federici 69-70)

En efecto, las tres brujas cervantinas tienen poderes que comparten y transmiten o que esconden y practican hasta superar a todas las demás. No se trata de pobres mujeres ignorantes o supersticiosas, sino de portadoras de sabiduría y misterios desconocidos tanto para “hombres” como para “mujeres”. La Cañizares dice que ella misma es la mejor en fabricar ungüentos mágicos y que la Montiel, la que llevó en su vientre a los dos perritos, era la más experta en juntar demonios y encerrarse con ellos.

El problema se nos presenta cuando intentamos entender por qué la narradora le dice al hijo que su madre murió de dolor por el enojo de su maestra la Camacha y no nos dice cuál fue el problema entre ellas ni por qué ella misma sigue nombrando a la hechicera como “la buena de la Camacha” si, en principio, parece haberle hecho daño a su amiga y a sus descendientes. Para resolver este punto interpretativo, proponemos la idea de que, por un lado, la transformación en perros no ha sido ni castigo para una ni vergüenza para otras, sino que el discurso de la Cañizares trata de esconder o moderar las intenciones monstruosas del grupo para sobrevivir dentro del mundo normalizado (las otras dos han muerto de dolor, una y confesando su culpa y entregando una profecía utópica, la otra). La que habla, valiéndose del lenguaje sexista como única herramienta posible, es quien toma la función de la espera de los hijos y de recuperación de la memoria del trío.

La Cañizares está a caballo entre el mundo común y corriente y el mundo integral y sabio de las brujas, dice que ha decidido dejar “todos los vicios de la hechicería”, pero no ha podido dejar “la curiosidad de ser bruja”. Su narración usa el lenguaje cotidiano y se adapta a los conceptos que la experiencia de otros ha modelado sobre su cuerpo, minimiza sus poderes, se esconde para hablar, se muestra temerosa de la mirada general, pudorosa ante las “castas orejas” de Berganza y podría ser calificada por cualquiera como una vieja loca que lleva años llamando “Montiel” a todos los perros del mismo color.

Pero, si logramos reconstruir su discurso, atentas a lo que dice y a lo que no dice, podemos ver que enuncia muchas más veces en plural que en singular, que es tímida incluso delante de su cabrón aunque no le falta opinión propia, que las palabras de que dispone son pobres para abarcar la totalidad de su experiencia y que está acostumbrada a juzgar su propia vida con términos ajenos:

Muchas veces he querido preguntar a mi cabrón qué fin tendrá vuestro suceso, pero no me he atrevido, porque nunca a lo que le preguntamos responde a derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos. Así que, a este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras; y, a lo que yo he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas. Con todo esto, nos trae tan engañadas a las que somos brujas, que, con hacernos mil burlas, no le podemos dejar. Vamos a verle muy lejos de aquí, a un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas que en verdad y en Dios y en mi ánima que no me atrevo a contarlas, según son sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas. Hay opinión que no vamos a estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido. Otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima; y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una o de otra manera, porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente. Algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo. (339-340)

La Cañizares ha quedado sola ante Berganza para dar cuenta de su vida y de la de las otras dos. Ella es el resto de una poderosa maternidad triple capaz de gestar, dar a luz y transformar dos cuerpos que han soltado al mundo con la esperanza de verlos regresar a ellas. Como lectores estamos en presencia del testimonio aún sin evaluar, de la mitad del testimonio de uno de los sujetos del experimento, no sabemos si exitoso o fallido: Cipi3n y Berganza est3n todav3a en un recorrido de aprendizaje durante el cual decidir3n o soportar3n el transformarse o ser transformados en “hombres”.

Por otra parte, la profec3a misma de la Camacha habla de volver a “su forma verdadera”, sin especificar de qu3 forma se trata, y es s3lo nuestra programaci3n patriarcal la que nos hace pensar que se trata de adquirir la forma humana y la de “hombres”. Veamos, adem3s, que la Cañizares le dice a Berganza que en 3l ve lo contrario de aquellos hombres que parec3an bestias en manos de las brujas, le dice “persona racional” y con el t3rmino “persona” engloba a todas las entidades corp3reas con vida, borrando los l3mites entre especies y g3neros humanos.

Los “soberbios” y los “humildes” de la profec3a, as3 mismo, tampoco tienen marcas de identidad especista ni sexista. Los que ser3n alzados pueden ser humanos o animales, brujas o disidentes de todo tipo, marginados por el biopoder. La poderosa mano que podr3 cumplir la justicia prometida en el lecho de muerte por la Camacha no tiene nombre divino ni diab3lico, puede leerse como referencia b3blica (Parodi 200), pero tambi3n como alegor3a de la escritura o la narraci3n que recompondr3 el orden verdadero cuando d3 voz a los silenciados por la historia androc3ntrica.

M3s adelante, con el mismo tono y estilo encabalgado entre lo permitido y la denuncia temerosa del estado de cosas que la abarca y la supera, la Cañizares se refiere a la relaci3n entre Dios, el Diablo, los pecados humanos y, sobre todo, a la idea de que este sistema de premios y castigos imperante ser3 comprendido por el hijo cuando sea “hombre”:

Y lo que m3s le importa (al demonio) es hacer que nosotras cometamos a cada paso tan cruel y perverso pecado; y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permiso yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo a una hormiga; y es tan verdad esto que, rog3ndole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondi3 que ni aun tocar a una hoja della no pod3a, porque Dios no quer3a; por lo cual podr3s venir a entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen a las gentes, a los reinos, a las ciudades y a los pueblos: las muertes repentinas, los naufragios, las ca3das, en fin, todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Alt3simo y de su voluntad permitente; y los daños y males que llaman de culpa vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, form3ndole en la intenci3n, en la palabra y en la obra; todo permiti3ndolo Dios, por nuestros pecados, como ya he dicho. (341-342)

Se trata del discurso de la madre resignada, por un lado, a transmitir las leyes patriarcales de las que no ha podido huir en vida; pero deseosa, por otro, de establecer la diferencia entre conocer el sistema y ser c3mplice feliz de 3l. La Cañizares sigue esperando encontrar a su amiga muerta en otra dimensi3n y en sus m3ltiples formas, y sigue acusando a la Camacha de haber elegido la rivalidad y la competitividad entre mujeres cl3sica del patriarcado, en lugar de la sororidad del cuerpo tripartito que pari3 el milagro.

Tambi3n describe la Cañizares (n3tese lo extraordinario de su discurso en boca de la que no es m3s que una pobre vieja asustada) la euforia del cuerpo y sus placeres, en oposici3n a la beatitud del alma querida por Dios. Su reclamo se erige en consonancia con espacios y pr3cticas que nada tienen que ver con la dicotom3a bien-mal o salvaci3n-condena:

...la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza; y éste de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frío que pone en el alma tal, que la resfría y entorpece aun en la fe, de donde nace un olvido de sí misma, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza ni de la gloria con que la convida; y, en efeto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben; y así, quedando el alma inútil, floja y desmazalada, no puede levantar la consideración siquiera a tener algún buen pensamiento; y así, dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano a la de Dios, que se la está dando, por sola su misericordia, para que se levante. Yo tengo una destas almas que te he pintado: todo lo veo y todo lo entiendo, y como el deleite me tiene echados grillos a la voluntad, siempre he sido y seré mala. (342)

Cuando se refiere al tema de los ungüentos, aparece la dicotomía realidad-fantasía claramente sustentada en el discurso patriarcal (recuérdense las polémicas de la época, las acusaciones que pesaban sobre la ficción y la imaginación, las respuestas célebres de Cervantes durante toda su obra). Los argumentos de la Cañizares eluden la necesidad de fijar una verdad única y se desvían hacia lo que pueden narrar con mayor entusiasmo y placer contagioso. Todo funciona “a nuestro parecer”. La capacidad de mudar de forma hacia lo animal es enunciada en femenino y explicitada como forma de huir del lugar dominado por las leyes de los hombres para llegar al lugar donde:

...cobramos nuestra primera forma y gozamos de los deleites que te dejo de decir, por ser tales que la memoria se escandaliza en acordarse dellos y así, la lengua huye de contarlos; y, con todo esto, soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas. (342)

Remarquemos que no dice que se transformen en “mujeres”, sujeto del patriarcado por su unión binaria con “el hombre”. En el pasaje anterior, vemos cómo, al irse con el demonio, cobran “nuestra forma primera” (mismos términos de la profecía) y se liberan de los cuerpos de mujeres que no tienen más posibilidad que ser controlados por “un juez colérico” que deposita su ira “en las manos de un verdugo que, por no estar sobornado, usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas” (343). Igual que en la profecía aparecen las manos con poder, pero, como son manos de hombres, lo usan para castigar y juzgar en vez de levantar a los caídos o encontrar y festejar la forma verdadera de cada quien.

El cierre de la arenga de esta bruja-amiga-madre es un alegato en favor de la felicidad terrenal y del derecho a los placeres del cuerpo y de la imaginación:

...todos los duelos con pan son buenos, el buen día, meterle en casa, pues mientras se ríe no se llora; quiero decir que, aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario. (343)

Se trata de una apología de la libre elección y una denuncia de la falsedad del sistema que se autoproclama como único verdadero y que, en términos de Federici, obliga a “hacer del propio cuerpo una realidad ajena que hay que evaluar, desarrollar y mantener a raya con el fin de obtener del mismo los resultados deseados” (236).

El desenlace del episodio no nos deja cerrar sentidos sino abrirlos. La memoria y la lengua de la Cañizares dicen escandalizarse, huir y tapar las conductas con hipocresía, pero el mismo acto de habla contradice tal enunciación. Más aún cuando, inmediatamente, expondrá su cuerpo, sus ungüentos y sus poderes en medio del patio.

Berganza dice querer saber sobre su origen y su futuro, pero no confía en sus madres (o lo que queda de ellas) y expone el cuerpo mutilado ante las gentes que leen sus poderes tanto divinos como demoníacos, pero impiden completamente la revelación de algo que no concuerde con los binarismos comprensibles para esta forma de pensamiento. El perro mismo se ve perseguido y apaleado, acusado por unos de demonio por morder a la Cañizares y por esta de traidor por no quedarse escondido con ella hasta que se hiciera la mañana (símbolo del futuro utópico) y ella pudiera contarle la experiencia, rica en novedades luego de la noche atravesada.

De esta manera, el perro huye y la narración se desplaza hacia otra etapa en el camino. La figura de la Cañizares y la sabiduría de la madre triple quedan replegadas, minimizadas, al ser eliminado por la mente racional y la fe unívoca “el concepto del cuerpo como receptáculo de poderes mágicos” (Federici 217). Creemos, sin embargo, que la ficción cervantina preserva estos focos de poder no patriarcal como fósiles de cuerpos animales en sustancia viva y transparente: latiendo a la espera de ser leídos, releídos o renarrados (no sabemos qué podría Cipión retomar, refutar o completar en su prometido recorrido biográfico).

Es, precisamente, esta ebullición vital de los discursos cervantinos lo que nos mueve a develar sentidos ocultos en los pliegues de procedimientos tan elaborados que lejos podrían estar de ser inocentes o casuales. Su, acorde a la época, pero a la vez subversiva, manera de hablar de los cuerpos y lo prohibido, unido a lo profético, nos remiten a la reunión foucaultiana de revolución y felicidad:

Algo de la revuelta, de la libertad prometida y de la próxima época de otra ley se filtran fácilmente en ese discurso sobre la opresión del sexo. En el mismo se encuentran reactivadas viejas funciones tradicionales de la profecía. Para mañana el buen sexo. Es porque se afirma esa represión por lo que aún se puede hacer coexistir, discretamente, lo que el miedo al ridículo o la amargura de la historia impiden relacionar a la mayoría de nosotros: la revolución y la felicidad; o la revolución y un cuerpo otro, más nuevo, más bello; o incluso la revolución y el placer. Hablar contra los poderes, decir la verdad y prometer el goce; ligar entre sí la iluminación, la liberación y multiplicadas voluptuosidades; erigir un discurso donde se unen el ardor del saber, la voluntad de cambiar la ley y el esperado jardín de las delicias: he ahí indudablemente lo que sostiene en nosotros ese encarnizamiento en hablar del sexo en términos de represión... (Foucault 12-13)

Finalmente, confiamos en que los procedimientos críticos aplicados aquí sean útiles en la enorme tarea que nos debemos: “encuirar” la literatura universal en términos de Amy Kamisky para quien “encuirar” parte del término inglés queer, ressignifica el insulto, tiene reminiscencias del verbo “encuerar y (es) evocador del acto de desnudar, significa des-cubrir la realidad, retirar la capa de heteronormatividad”. Es esta la utopía sobre la que trabajamos, espacio para “crear y defender identidades alternativas para sobrevivir en una cultura regida por la identidad normalizada” (Kaminsky 879) hasta que el patriarcado arda, se caiga y los humildes sean levantados “por poderosa mano para hacello” (Cervantes 338).

Obras citadas

Cervantes, Miguel de. “Coloquio de los perros.” *Novelas ejemplares*. 2 vols. Editado por Harry Sieber, Cátedra, 1981, 2, pp. 297-359.

De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Debolsillo, 2016.

- D'Onofrio, Julia. "El casamiento/Coloquio en la encrucijada de la lectura." *Don Quijote en Azul & Actas selectas de las VI Jornadas Internacionales Cervantistas celebradas en Azul (Argentina) en 2013*, Editorial Azul, 2014, pp. 154-160.
- Federici, Silvia. *Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Tinta limón, 2010.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Siglo XXI, 2014.
- Kaminsky, Amy. "Hacia un verbo queer." *Revista Iberoamericana*, vol. LXXIV, n.º 225, 2008, pp. 879-895.
- Parodi, Alicia. *Las Ejemplares: una sola novela*. Eudeba, 2002.
- Scott, Joan Wallach. *Género e historia*. FCE, 2008.
- Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual*. Egales, 2005.
- _____ y Zeig, Sande. *Borrador para un diccionario de las amantes*. Traducido por Cristina Peri Rossi. VIL ediciones, 2015.
- Woolf, Virginia. *Un cuarto propio*. Cuenco de plata, 2013.